

# REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXIII

San José, Costa Rica 1937 Sábado 13 de Febrero

Num. 6

Año XVIII — No. 790

## SUMARIO

El padre Esquiú	Leopoldo Lugones	Fragmento alusivo	
Examen de cargos	Macío Sancho	Olivares de la guerra	Antonio Oliver Belmás
Reseña de Historia Literaria de Costa Rica (I)	Napoleón Quesada y Rogelio Sotela	Fragmento del Popol Buj	
Cartas alusivas		En el aniversario de un muchacho	A. Guerra Trigueros
La neutralidad de los intelectuales	Armando Solano	Unamuno y los generales	Juan Marinello
Patriotas vende-patrias	Manuel Seoane	Discurso inaugural	
Carta a Moscú	Ignazio Silone	Saludo del Sr. Joseph Freed	
Comentario alusivo		El canto del exilio	José R. Castro
Poesías	Fernando Luján	Corre la sangre	Miguel Angel Gómez
Oigamos las advertencias de Waldo Frank	Juan del Camino	Los destinos paralelos	César Falcón
		Tetuán de las Victorias	

## El padre Esquiú

(Mamerto, obispo de Córdoba, murió el 10 de enero de 1833)

Por LEOPOLDO LUGONES

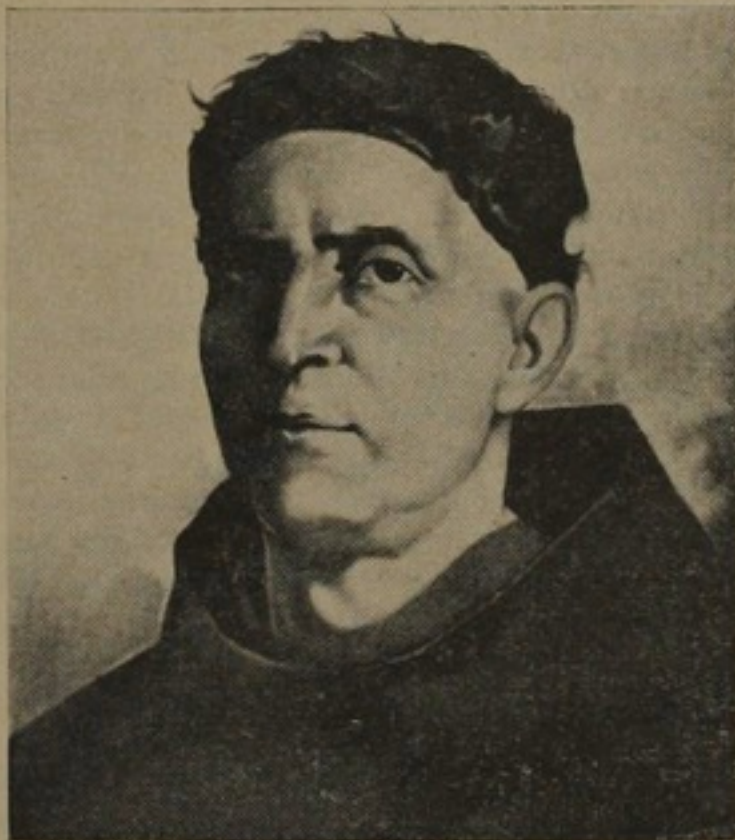
== De La Nación, Buenos Aires, 10 de enero de 1937 ==

He conocido varios casos de verdadera virtud, pues para honor de la humanidad existen más de los que se cree, si bien al tener aquélla por esencial condición la humildad, suele afanarse en pasar inadvertida; pero creo haber visto uno de santidad, vale decir de virtud heroica, en la vida del padre Esquiú, aun cuando esta referencia personal no subordine mi apreciación a lo que sólo es un recuerdo de la infancia. Impresión tan viva, empero, que aún hallándose mezclada, como debe estarlo, a las muchas que después oí expresar con particular veneración y simpatía, ya se verá por qué, perpetúa el encanto de la mirada en aquellos ojos de placidez y amparo, el eco de la palabra que doctrinaba con sencilla hermosura, la esbeltez de la alta figura pálida en la aspereza del sayal franciscano, y hasta la fragancia, sí, a fe mía, el aroma que a ningún otro se asemejaba en su leve emanación, quizá únicamente perceptible a la inocencia.

Sucedió que cuando una de sus misiones episcopales, como llegase fray Mamerto a mi pueblo natal, hospedóse en nuestra casa solariega; y no habiendo entonces más chico en la familia, y siendo muy afectuoso él con las criaturas, solía tenerme en sus rodillas durante el siempre breve solaz de la conversación, pues tanto lo absorbían las tareas sacramentales, que aun al regreso de los oficios nocturnos, interrumpía muchas veces su colación, harto atrasada ya, para seguir confesando en el patio hasta cerca de medianoche.

Porque donde él morase no había puerta cerrada ni hora impropia para los necesitados de auxilio temporal o espiritual, y era así que acudían, habiendo corrido entre ellos la voz, unos, que llegados de lejos a lomo de yegua flaca o de pollino, cuando no a pie, debían dormir al raso, carecidos de albergue; otros, apremiados por volver a sus labores campesinas; o mujeres con niños enfermos, para que so pretexto de confirmación los tocara, atribuyéndole un poder milagroso que él rechazaba con severa aflicción.

Ocurría lo mismo en su palacio episcopal de Córdoba que siempre llamó por modestia "casa", "residencia" o "habitación", como luego detallaré, pues antes quiero recordar, todavía, que con tan rudo trajín material y pesadumbre de ajenas miserias, nunca mostró



Fray Mamerto Esquiú

cansancio, aunque comiese y durmiese tan poco, y esto último en el suelo, según lo habían advertido no obstante el disimulo con que para ello dejaba el lecho en la oscuridad; aparte la mortificación del cilicio que cuando murió le hallaron embebido en las carnes.

Parecía venir desde una remota serenidad, distante y próximo a la vez como la luna de la tarde. Lo cual no quitaba una llaneza cordialísima, de pronunciado sabor criollo, que le atraía el paisanaje huraño y por lo mismo predilecto de su afición. A este impulso, no daba descanso, ni había intemperie que lo acobardase, hasta caer en plena misión por una de las más desoladas comarcas de su diócesis, rendido en plena edad viril a la extenuación del verano inclemente, la condolección de tanta necesidad, la contaminación, tal vez, del agua insalubre...

Tamaño responsabilidad y consiguiente mérito atribuía, pues, al episcopado, que creyéndose incapaz e indigno de la ofrecida prelatura, llegó a desterrarse para evitarla, aislándose lejos del país en apartado convento, temeroso hasta la congoja cuando hubo de acatar por obediencia el pedido del Papa, honor

aun más grande que él mismo rehuía, sin comprender cómo podían equivocarse así con su insignificancia de pobre fraile y sobre todo con su bajeza de pecador; pues cuanto más se aclara el alma en su propio examen que es herida porque ahonda desgarrando, le pasa lo que el agua con la transparencia sobre el lodo del plan donde no queda impureza sin verse: que sed de perfección y lágrimas de su pena, son agua al fin, apetecida o llorada. Profundice el hombre en sí mismo, y con barro tiene que dar porque de barro está formado. Esto explica la humildad en los más perfectos y el sentido fraternal de la caridad.

De tal suerte, el obispo Esquiú, que nunca y ante todo dejó de ser el padre Esquiú, hasta imponerse con este título a la historia, redujo su habitación en el palacio a la austeridad de una celda monástica; hizo vender la vajilla de plata para auxiliar a los menesterosos, y estableció las audiencias que daba por la noche, terminando con ellas su jornada pastoral, de modo que la gente pobre llegase primero a él, como su mayor necesidad lo requería.

Vese, pues, que las antedichas denominaciones de la residencia episcopal correspondían al morador y a sus costumbres con modestia armoniosa. Más no hacía él todo aquello por índole franciscana solamente, o sea en mera continuación de tan heroica obra de arte como fué la exaltación de la pobreza a virtud, florida de gracia e iluminada de alegría, sino porque era asimismo buen republicano, a fuer de buen argentino, y lo tenía probado con su famoso sermón de la jura constitucional, que yo no admiro, pero que tanta fama le dió entre los estadistas de su tiempo; aunque sí comprendo que se lo inspirase el patriótico regocijo de la concordia lograda, según creían, por la adopción de la Carta Fundamental, para decirlo con la cívica prosopopeya: instrumento del orden indispensable como la misma vida, porque es la expresión de la divina voluntad en el concierto de la creación así manifiesta.

Pues procede aquí recordar que fué docto en letras sagradas y profanas, inclusive las jurídicas, mas que, también por humildad, acabase extirpando las galas retóricas; con que otra vez, entre tantas, armonizaron en laudable felicidad la sencillez de la virtud y